

Marxismo y Revisionismo

Primera Parte*

POR V. I. LENIN

Un conocido aforismo dice que si los axiomas chocasen con los intereses de los hombres, seguramente habría quien los refutase. Las teorías de las ciencias naturales, que chocaban con los viejos prejuicios de la teología, provocaron y siguen provocando hasta hoy la lucha más rabiosa. Nada tiene de extraño, pues, que la doctrina de Marx, que sirve directamente a la educación y a la organización de la clase de vanguardia de la sociedad moderna, que señala las tareas de esta clase y demuestra la sustitución inevitable -en virtud del desarrollo económico- del régimen actual por un nuevo orden de cosas: nada tiene de extraño que esta doctrina haya tenido que conquistar en lucha cada paso dado en la senda de la vida.

No hablemos de la ciencia y la filosofía burguesas, enseñadas de un modo oficial por los profesores oficiales para embrutecer a las nuevas generaciones de las clases poseedoras y “amaestrarlas” contra los enemigos de fuera y de dentro. Esta ciencia no quiere ni oír hablar de marxismo, declarándolo refutado y destruido; tanto los hombres de ciencia jóvenes, que hacen carrera refutando el socialismo, como los ancianos caducos, que guardan el legado de toda clase de anticuados “sistemas”, se abalanzan sobre Marx y el afianzamiento de sus ideas entre la clase obrera, provocan inevitablemente la reiteración y la agudización de estos ataques burgueses contra el marxismo, que de cada una de sus “destrucciones” por obra de la ciencia oficial, sale más fortalecido, más templado y más vital.

Pero, entre las doctrinas vinculadas a la lucha de la clase obrera y difundidas predominantemente entre el proletariado, el marxismo tampoco afirmó su posición de golpe, ni mucho menos. Durante el primer medio siglo de su existencia (desde la década del 40 del siglo XIX), el marxismo luchó contra las teorías que le eran profundamente hostiles. En la primera mitad de la década del 40, Marx y Engels ajustaron cuentas con los jóvenes hegelianos radicales, que se situaban en el punto de vista del idealismo filosófico. A fines de esta década pasa a primer plano la lucha, en el campo de las doctrinas económicas, contra el proudhonismo. Esta lucha llega a su final en la década del 50. Crítica de los partidos y doctrinas que se habían rebelado en el turbulento año 1848. En la década del 60, la lucha se desplaza del campo de la teoría general a un campo más cercano al movimiento obrero propiamente dicho: expulsión del bakuninismo de la Internacional.

A comienzos de la década del 70, se destaca en Alemania, por breve tiempo, el proudhonista Mühlberger; a fines de este período, el positivista Dühring. Pero la influencia de uno y otro sobre el proletariado ya es sumamente insignificante. El marxismo triunfa ya, incondicionalmente sobre todas las demás ideologías del movimiento obrero.

Hacia la década del 90 del siglo pasado, este triunfo, en sus rasgos fundamentales, estaba ya consumado. Hasta en los países latinos, donde por más tiempo se habían mantenido las tradiciones del proudhonismo, los partidos obreros estructuraron, de hecho, sus programas y su táctica sobre bases marxistas. Al reanudarse -en forma de congresos internacionales periódicos- la organización internacional del movimiento obrero, esta se colocó inmediatamente y casi sin lucha, en todo lo esencial, en el terreno del marxismo. Pero, cuando el marxismo hubo desplazado a todas las doctrinas más o menos completas hostiles a él, las tendencias que se albergaban en estas doctrinas comenzaron a buscar otros caminos. Cambiaron las formas y los motivos de la lucha, pero la lucha continuó. Y el segundo medio siglo de la existencia del marxismo (década del 90 del siglo pasado) comenzó con la lucha de la corriente hostil al marxismo en el seno de éste.

Esta corriente debe su nombre al ex-marxista ortodoxo Bernstein, que es quien más ruido hizo y quien dio la expresión más completa de las enmiendas hechas a Marx, la revisión de Marx, el revisionismo. Incluso en Rusia, donde el socialismo no marxista, lógicamente -en virtud del atraso económico y del predominio de la población campesina oprimida por los vestigios feudales-, se mantuvo más tiempo, incluso en Rusia, este socialismo se convierte claramente a nuestros ojos, en revisionismo. Y lo mismo en la cuestión agraria (programa de municipalización de toda la tierra) que en las cuestiones generales programáticas y tácticas, nuestros socialpopulistas sustituyen cada vez más con “en-



* En esta ocasión hacemos la primera entrega de uno de los textos clásicos del arsenal proletario contra el oportunismo. Escrito por Lenin en 1918, conserva en su totalidad plena vigencia y en estos tiempos de remozamiento del oportunismo es necesario rescatarlo para la lucha del proletariado revolucionario, quien debe aislarlo para alcanzar tanto los objetivos inmediatos de las masas laboriosas, como para lograr constituirse como partido político independiente.



miendas” a Marx los restos agonizantes y caducos del viejo sistema, coherente a su modo y profundamente hostil al marxismo.

El socialismo premarxista ha sido derrotado. Ya no continúa la lucha en su propio terreno, sino en el terreno general del marxismo, a título de revisionismo. Veamos, pues, cuál es el contenido ideológico del revisionismo.

En el campo de la filosofía, el revisionismo iba a remolque de la “ciencia” académica burguesa. Los profesores “retornaban a Kant”, y el revisionismo se arrastraba tras los neokantianos; los profesores repetían, por milésima vez, las vulgaridades que los curas contra el materialismo filosófico, y los revisionistas, sonriendo complacidamente, mascullaban (repitiendo ce por be el último manual) que el materialismo había sido “refutado” desde hacía mucho tiempo. Los profesores trataban a Hegel como a “perro muerto”¹ y, predicando ellos mismos el idealismo, solo que mil veces más mezquino y trivial que el hegeliano, se encogían desdeñosamente de hombros ante la dialéctica, y los revisionistas se hundían tras ellos en el pantano del envilecimiento filosófico de la ciencia, sustituyendo la “sutil” (y revolucionaria) dialéctica por la “simple” (y pacífica) “evolución”. Los profesores se ganaban su sueldo del Estado ajustando sus sistemas, tanto los idealistas como los “críticos”, a la “filosofía” medieval imperante (es decir, a la teología), y los revisionistas se acercaban a ellos, esforzándose en hacer de la religión una “incumbencia privada”, no en relación al Estado moderno, sino en relación al partido de la clase de vanguardia.

Huelga decir qué significación real de clase tenían semejantes “enmiendas” a Marx: la cosa es clara de por sí. Señalaremos solamente que Plejánov fue el único marxista den-

¹ Lenin cita las palabras del epílogo de Marx a la segunda edición del primer tomo de *El Capital*.

² Véase el libro *Ensayos sobre la filosofía del marxismo*, de Bogdánov, Bazárov y otros. Aquí no es lugar oportuno para analizar este libro, y por el momento, tengo que limitarme a la declaración de que, no tardando, he de demostrar en una serie de artículos, o en un folleto especial, que todo lo que se dice en el texto sobre los revisionistas neokantianos guarda también relación, en sustancia, con estos “nuevos” revisionistas neohumanistas y neoberkelianos.

tro de la social democracia internacional que hizo, desde el punto de vista del materialismo dialéctico consecuente, la crítica de aquellas increíbles necedades acumuladas por los revisionistas. Es tanto más necesario subrayar esto decididamente, por cuanto en nuestro tiempo se hacen tentativas profundamente erróneas para hacer pasar el viejo y reaccionario farrago filosófico bajo pabellón de la crítica del oportunismo táctico de Plejánov².

Pasando a la economía política hay que señalar, ante todo, que en este campo las “enmiendas” de los revisionistas eran muchísimo más multifacéticas y minuciosas; trataron de sugestionar al público con “nuevos datos del desarrollo económico”. Decían que en el campo de la economía rural no se opera en ningún modo la concentración y el desplazamiento de la pequeña producción por la grande y, que en el comercio y la industria se opera con extrema lentitud. Decían que, ahora las crisis se han hecho más raras y más débiles, y que era probable que los cártels y trusts diesen al capital la posibilidad de eliminar por completo las crisis. Decían que la “teoría de la bancarrota”, hacia la cual marcha el capitalismo, es inconsistente a causa de la tendencia a suavizar y atenuar las contradicciones de clase. Decían, finalmente, que no estaría mal enmendar también la teoría del valor de Marx con arreglo a Böhm-Bawerk.

La lucha contra los revisionistas, en torno de estas cuestiones, sirvió para reavivar fecundamente el pensamiento teórico del socialismo internacional, al igual que, veinte años antes, había ocurrido con la polémica de Engels contra Dühring. Los argumentos de los revisionistas fueron analizados con hechos y cifras en la mano. Se demostró que los revisionistas embellecían sistemáticamente la pequeña producción actual. El hecho de la superioridad técnica y comercial de la gran *producción* sobre la pequeña, no sólo en la industria, sino también en la agricultura, está demostrado con datos irrefutables. Pero, en la agricultura, la producción mercantil está mucho menos desarrollada, y los estadísticos y economistas actuales no saben, por lo general, destacar aquellas ramas (y, a veces, incluso las operaciones) especiales de la agricultura que expresan como ésta se ve englobada, progresivamente, en el *intercambio* de la economía mundial. La pequeña producción se sostiene sobre las ruinas de la economía natural, gracias al empeoramiento infinito de la alimentación, al hambre crónica, y la prolongación de la jornada de trabajo, al descenso de la calidad del ganado y del cuidado de éste; en una palabra, gracias a aquellos mismos medios con que se sostuvo también la producción artesana contra la manufactura capitalista. Cada paso de avance de la ciencia y de la técnica mina, inevitable e inexorablemente, los cimientos de la pequeña producción en la sociedad capitalista. Y la tarea de la economía socialista consiste en investigar este proceso en todas sus formas, no pocas veces complejas e intrincadas, y demostrar al pequeño productor la imposibilidad de sostenerse bajo el capitalismo, la situación desesperada de las haciendas campesinas en el régimen capitalista y la necesidad de que el campesino acepte el punto de vista del proletariado. Ante el problema de que tratamos, los revisionistas cometieron, en el aspecto científico, el pecado de incurrir en una generalización superficial de algunos hechos unilateralmente desglosados, al margen de su conexión con todo el régimen del capitalismo, y, en el sentido político, cometieron el pecado de llamar o empujar inevitablemente al campesino, de modo voluntario o involuntario al punto de vista del propietario (es decir, al punto de vista de la burguesía), en vez de empujarlo al punto de vista del proletario revolucionario.

[Próxima entrega, continúan las “enmiendas” revisionistas a la doctrina económica del marxismo y a la base de la actuación política del proletariado: el materialismo histórico]